

**MIRANDO
HACIA ATRAS
CON IRA**

LOS COMUNEROS DE CASTILLA

CARLOS ORTEGA

El 24 de abril de 1521 degollaban en Villalar a Padilla, Bravo y Maldonado. El día antes habían perdido su batalla allí mismo. Llovía mucho y apenas si se defendieron sus hombres. Estaban ya vencidos, desmoralizados. Los del bando contrario se dedicaron a matar a los hombres que intentaban huir torpemente, entre el barro. Mataron a quinientos, pero podían haber matado a más, a todos; pero al llegar más o menos a esa cifra se puso en juego la misericordia cristiana, según dicen algunos comentaristas (Marqués de Lozoya: «Historia de España»), y dejaron que los demás se desbandasen. En realidad habían perdido la moral y antes de iniciarse la matanza final ya estaban vencidos. Poco tiempo antes eran de doce a quince mil hombres frente a Medina de Rioseco, donde no había más que cinco mil contrarios, y otros tres mil bajo el mando del conde de Haro en Melgar de Fernamental. Les hubiera sido muy fácil entrar en Medina antes de que se concentraran todos, pero fray Antonio de Guevara salió a parlamentar y era hombre que hablaba bien. A los comuneros les mandaba en ese momento Girón, el sobrino del condestable, que esta-

ba en el otro bando, y fray Antonio le convenció para que no atacara. Se encontró con la oposición de Acuña, que aspiraba al arzobispado de Toledo, y los palentinos habían nombrado recientemente obispo de Palencia cuando, un poco más tarde se decidieron a tomar partido por las Comunidades. Fray Antonio se encontró con la horma de su zapato en Acuña, pero predominó la influencia de Girón y se retiraron lo suficiente para que llegase Haro con sus hombres de refuerzo, prácticamente cundió el desánimo bajo la impresión de que Girón le había traicionado. Girón se fue a Burgos con su tío, y Padilla, que había vuelto rápidamente de Toledo, libró con éxito alguna batalla más, y aunque según la mayoría de los comentaristas todavía hubiera habido tiempo para que triunfaran los comuneros, de haberse unido todos, ya estaba la derrota en el aire y no se podía detener.

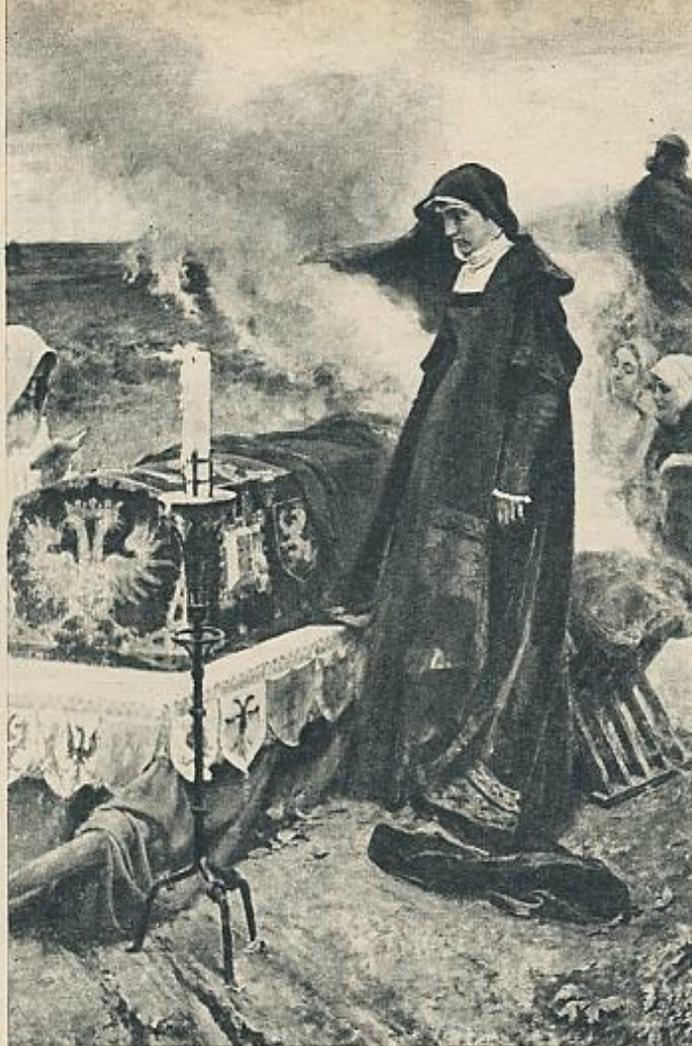
Todo empezó un año antes. Es decir, la confrontación armada, ya que habría que retrotraer los hechos a veinte años atrás para comprender las causas, o a bastantes años más, incluso siglos, como suele ocurrir. Porque lo primero es el pasto, y sobre el pasto se crían ca-

El 24 de abril de 1521 degollaban en Villalar a Padilla, Bravo y Maldonado. El día antes habían perdido su batalla allí mismo. Llovía mucho y apenas si se defendieron sus hombres (Cuadro de Gisbert).



ballos, y sobre los caballos se montan los hombres, y cuando uno de ellos decide ambicionar más libertad, sabe que puede conseguirla sumando en sí las libertades de otros, y utiliza o es utilizado por una extraña fuerza carismática, y de ahí nace el «nobilis» romano, el hombre libre, el noble. Pero al «nobilis» se le queda pequeño su territorio, quiere ampliar horizontes, y habla a los otros hombres que han entregado sus libertades pequeñas a otros «nobilis» y se pone de su parte prometiendo restituirles parte de sus libertades hipotecadas, y cuando las consigue es mucho más noble, es Rey, noble entre nobles, que son sus hermanos o sus primos, y con los que, en definitiva, acabará por entenderse, porque hablan el mismo idioma y tienen las mismas aficiones.

La suma de Reyes es el Emperador. El Emperador recibe el poder directamente de Dios y su autoridad se extiende sobre todas las coronas. Es una tesis que aún, en el tiempo que nos ocupa, nadie discute, aunque en la realidad tampoco se la hace caso. Carlos fue nombrado Emperador un año antes de que comenzara el movimiento comunero en Castilla. El título le costó —o más bien, nos costó— 850.000 florines, que adelantaron los Fúcares, entre otros banqueros, para pagar a los electores sajones que tenían atribuciones para elegirle. Los Fúcares y otros banqueros hipotecaban alguna mina por aquí, alguna plata americana por allá, como salvaguarda de sus intereses. Esto nos lleva aún más atrás en la Historia. Nos lleva al momento en que Juana, hija de Isabel y Fernando, casada ya con Felipe, ocupó el primer lugar en la escalafón de promoción al trono de España, cosa que hasta entonces no resultaba ni medianamente imaginable. Pero se descubre América y Juana es la heredera. Por entonces surge el problema de su trastorno. Como todo el mundo sabe, ha pasado a la Historia con el mote de Loca, porque al principio de llegar a Flandes chocó con la tolerancia sexual de los flamencos y se negó a convivir con alguna esporádica amiga de su marido. Pero bien, el mote era oportuno, y cuando se vio que resultaría heredera de un territorio amplísimo y legendariamente rico, todos se ocuparon de fundamentar el mote para excluirla del trono, asunto que, como se sabe, la condujo a Tordesillas, y allí encerrada acabó sus largos días. Cuando se murió su madre, doña Isabel, los flamencos quisieron desarrollar su política de colonización económica de España, y para tener las manos libres se deshicieron de doña Juana. Don Fernando también quería tener las manos libres como regente de Castilla y Rey de Aragón, y durante algún tiempo jugó con los flamencos a los despropósitos, y tan pronto era un bando el que de-



Don Fernando, para tener las manos más libres, después de hacer que (su hija Doña Juana) fuera con el féretro de su marido por esos campos de Dios, por la noche y con antorchas, de Burgos a Torquemada... (Cuadro de Francisco Pradilla).

cía que doña Juana estaba loca, y el otro bando lo negaba, como lo contrario. Cuando don Fernando vio perdida la causa, quiso alzarse con Aragón, y para eso se casó con Germana de Foix. No tuvieron hijos y la cosa no pasó a mayores, pero no faltaron las buenas voluntades y el hacer lo que se pudiera. Luego desaparece don Fernando, doña Juana ya es plena propietaria de los extensos territorios a los que tiene derecho como hija heredera de doña Isabel y don Fernando, por la gracia de Dios, amplias tierras sobre las que nace el pasto, y sobre el pasto se crían caballos, y en los caballos montan los hombres, etc., etc. Pero hay un problema: o no entendemos de finanzas los naturales del país, porque los que entendían, los judíos, se han ido, les hemos echado, o los flamencos entienden más. Primero juegan la baza de Felipe, y cuando Felipe se muere en Burgos —tan tontamente casi como había vivido—, juegan la baza de los hijos, mitad flamencos, mitad hispanos, a los que conservan en Flandes. Y para que la escena no decaiga, siguen fomentando la locura de la Reina madre, encerrada en Tordesillas. Bueno, allí la enclaustró su padre, don Fernando, para tener las manos más libres, después de hacer que fuera con el féretro de su marido por esos campos de Dios, por la noche y con antorchas, de Burgos a Torquemada, donde dio a luz a la hija póstuma, a Catalina,

y de donde salió para encontrarse con su padre, que volvía de Italia, en Tórtos de Esgueva. Claro, que después del abrazo, el padre siguió su ruta y abandonó a la hija, sin hacerla más caso, lo que sumía a doña Juana en la exasperación, y se hubiera comprendido de no ser que ya se la consideraba loca, al menos oficialmente. Por fin, la llevó a Tordesillas y dejaron en la iglesia, junto al convento donde la encerraron, el ataúd con el pobre don Felipe dentro, esperando tiempos mejores para llevarle a Granada. Luego decían que doña Juana no quería que le quitasen de allí y que había que aguantarse porque la pobre estaba loca. Así estuvo más de treinta años, hasta que al nieto, a don Felipe, le pareció una broma muy pesada y ordenó el traslado, y doña Juana sin enterarse. Tampoco se habría enterado antes, ni nunca, porque su guardián, el marqués de Denia, no la dejaba casi ni asomarse fuera (Rodríguez Villa: «Doña Juana», 1892). Lo cierto es que hay motivo para dudar de que realmente estuviera nunca loca, porque en los documentos de la época no se especifican síntomas, señales o signos de que lo estuviera, y únicamente se hace referencia en las notas oficiales a sus «indisposiciones». A veces dejaba de comer, hacía sus huelgas de hambre o se acostaba en el suelo, sabe Dios buscando qué explicaciones, o no hablaba con ninguno de sus carcele-

ros. Naturalmente, cuando los responsables —el regente Adriano, o el mismo Carlos, su hijo, o Felipe, su nieto— quieren hacer algo para aliviar sus indisposiciones, llaman a físicos más o menos notables para que la vean, lo que significa que sus indisposiciones eran de otra índole que la mental, ya que la locura, en el tiempo, no es cuestión de médicos, sino de filósofos o de teólogos.

De una forma o de otra, los flamencos se han ido introduciendo en los puestos clave de la economía hispana, y en otros no tan claves, pero muy sustanciosos, como el joven Guillermo de Croy, sobrino de Chievres, ocupando el arzobispado de Toledo. Chievres: su señora hizo un viaje por estas tierras y regresó a las suyas llevándose pequeños objetos de valor en 80 mulos y 300 caballos. (Menéndez Pidal, M. Fernández A.: «Historia de España»). Pero esto son minucias: poco a poco se ha ido formalizando el camino de la plata que viene de América, pasa por Sevilla por puro trámite y sigue adelante, hasta Centroeuropa. Poco a poco nos han ido reduciendo a la extraña condición de colonizadores-colonizados. «Somos sus indios», dirá Quevedo. Colonialismo económico, no hay que darlo vueltas. El camino se había ido labrando ya con la Mesta: como la lana es mercancía de fácil convertibilidad en divisas, se favorece la ganadería hasta el punto de que los rebaños trashumantes puedan pastar en los sembrados. Se hunde la agricultura, hay hambre, pero el negocio de la lana se sana mucho.

Entonces, un día, en aquel tiempo de apertura del Renacimiento, ocurre de pronto la última batalla medieval, o la primera rebelión popular, no contra el Rey, sino contra los que aconsejan al Rey, y de pronto ve uno que existe el pueblo y que lo que venía siendo hasta entonces una historia de epígonos y corifeos se pueblo, no se sabe cómo, de las gentes humildes que les sustentaban, de los pecheros y menestrales polvorientos, andadores de los caminos, pululantes en la alucinada geografía medieval. ¿Cómo? Un día los segovianos mandan a su representante a las Cortes de La Coruña. Le piden dinero para el Rey y accede. Antes de que regrese ya se sabe en Segovia. Mal recibimiento le espera a don Rodrigo de Tordesillas: dos cohortes que están mal vistos en la ciudad estrenan horca. Cuando llega don Rodrigo también le cuelgan: es el comienzo. Los flamencos lo saben y mandan gente contra Segovia al mando de Ronquillo. Les rechazan, y tienen que mandar más gente, esta vez al mando de Fonseca. Pero se ha ido extendiendo la mancha y ya no hay lugar en paz: de León expulsan al conde de Luna; de Zamora, a Alba de Liste; de Dueñas, a Buendía, etc. Se levantan los letrados,

LOS COMUNEROS DE CASTILLA

los pequeños caballeros que gobiernan los municipios, los frailes, las monjas, los clérigos. Y se delimitan los cabecillas: Padilla, de Toledo, hombre melancólico, que electriza a la gente, casado con la Pacheco, que cuando él muera continuará bravamente la lucha; Bravo, de Segovia; Maldonado, de Salamanca, y Girón, primogénito del conde de Uruña, que al final rubricará la derrota de los comuneros; Acuña, obispo de Zamora, «el peor de todos», según Guevara, si se exceptúa el Chantre de Palencia, aunque si seguimos a Guevara los peores eran todos, cada uno en su especie, y todos parte interesada en algo concreto, como Salvatierra, el conde, por mejorar sus merindades; Avalos, por venganza; Bravo, por Chinchón; Padilla, por el maestrazgo de Santiago, aunque Guevara, naturalmente, se calla sus propias pretensiones, sus méritos ayudando a los flamencos, que le pagarían dos años después con un buen cargo en la Inquisición, cosa natural y loable, ya que los comuneros, según él, eran «villanos de Sagayo (Zamora), forajidos de Avila, homicidas de León, bandideros de Zamora, perayles de Segovia...», etcétera.

Como dice Elliot, el problema fue que no iban «hacia», sino «contra». No tenían una meta a largo plazo, un algo por el que luchar, cualquier cosa inalcanzable por la que seguir muriendo. Tenían contra qué luchar, solamente, y así, más pronto o más tarde, se encuentra uno ante el abismo. Luchaban contra los impuestos crecientes, contra la explotación a que nos sometían los flamencos, contra el copo de los puestos de gobierno por los flamencos. Y no porque no hubiera algo mejor por lo que luchar, sino porque no hubo entre ellos quien lo dijera. En definitiva, eran cosas que el mismo Carlos les hubiera dado, como se las dio más adelante, cuando ya no quedaba de la revuelta más que el recuerdo, que poco a poco iba encenagándose en la leyenda. No atacaban al Rey (Vincens Vives), pero trataban de limitar el autoritarismo real, controlar los nombramientos de cargos municipales, fiscalizar la hacienda real. En cierto modo era un movimiento conservador contra un cierto liberalismo flamenco; pero cualquier parecido con lo que entendemos hoy por estas palabras es, posiblemente, algo más que una inocente coincidencia. Los flamencos querían concentrar el poder en el Rey, eso es indudable, y su sentido del manejo de las finanzas les aproximaba a un cierto capitalismo monopolizador. El pueblo, por su parte, se levantaba contra el hambre, pura y llanamente, y los letrados, los hombres leídos, fomentaban el descontento con facilidad, ya que detrás de todo ello estaba el telón americano, con casi treinta años de vigencia, mítico, esplendoroso, dorado.

¿Y Juana? Una de las primeras cosas que hicieron los comuneros fue ir a Tordesillas y liberar a la Reina. Se presentaron a ella, que les acogió bien, y «extrañamente, no estaba loca», como aseguran los cronistas, desde Mexía a Sandoval. Pero es curioso: tan pronto como Juana se da cuenta de la situación, exculpa a su hijo, le protege, le

defiende. Les hace ver que es muy joven, que no conoce España, que le han manejado, y, más tarde, se niega a participar en el juego para no crear una escisión en el reino. Es decir, actúa de una forma bastante asombrosa para estar loca, pero de la manera más adecuada a lo que podía esperarse de una hija de los fundadores del reino. Y por

fin acaba rompiendo con ellos, asumiendo de nuevo su encierro, dejándose de nuevo anular, desapareciendo otra vez de la escena, borrándose. Lo que llama la atención es que de todas las noticias que le manda Adriano a Carlos sobre la gravedad de la situación, sobre la creciente sublevación, ninguna provoca la alarma tanto como la de que los comuneros han ido a Tordesillas y se han apropiado de su madre. Ante esa noticia todo son prisas. Mexía dice que lo que más sintió Carlos, lo que lo convirtió en un «duro», fue que maltrataran a su madre. Pero nadie la maltrataba más que el mismo Denia, el guardián puesto por él, el marqués que dedicó su vida y parte de la de su hijo a ocultar a Juana. Por otra parte, ¿qué había que temer? ¿No estaba loca? ¿Qué podían hacer con ella si estaba loca? ¿Se puede temer que nadie erija en estandarte a una loca?

¿Y si no estaba loca? ¿Y si ahora España la acoge, por fin, como su verdadera Reina? No, hay que actuar de prisa, hay que preparar la gran batalla, la definitiva batalla que acabe de una vez con el levantamiento. Añade regentes junto a Adriano: uno, blando, don Fadrique Enriquez; otro, duro, Iñigo de Velasco, asegurado por Pedro, su hijo, como capitán general del Ejército Imperial. Se buscan apoyos: Portugal, Navarra. Dicen que los comuneros también se buscaron el apoyo francés: no está probado. Francisco I creyó que el momento era oportuno para dar un susto a Carlos y pasó la frontera por Navarra. Apenas tuvo repercusiones la intrusión francesa: únicamente, que en la batalla de Pamplona hirieron a Iñigo López de Recalde, natural de Azpeitia, y que Iñigo tendría una convalecencia decididamente famosa.

El incendio de Medina del Campo por los anti-comuneros, al negarse la ciudad a entregar su parque de artillería por solidaridad con las ciudades vecinas, tuvo que dar que pensar a los otros medinenses, los de Rioseco, cuando se vieron rodeados de tropas comuneras. Entonces entraron en juego la oratoria de Guevara, la indecisión de Padilla, la traición de Girón, la desmoralización de las gentes, de los menestrales y de los pecheros, de los letrados, de los curas levantiscos, de todos los que en un tiempo habían creído poder superar la colonización flamenca, o tal vez conseguir a nivel individual alguna que otra prebenda, o contener la creciente monopolización extranjera, o comer mejor, o hacer algo para conquistar de nuevo una cierta libertad, o pasar menos frío, o retrasar el absolutismo, o descansar un poco más. Ya estaba creciendo en ellos la desmoralización y volvieron la espalda a Medina, y se echaron a andar campo adelante, hacia Villalar. Esta- ba lloviendo. ■ DR. C. O.

CRONOLOGIA

1492: Término de la Reconquista y descubrimiento de América.

1496: Boda de Felipe el Hermoso (hijo del Emperador Maximiliano y de María de Borgoña) con doña Juana la Loca (hija de los Reyes Católicos).

1500: Nace en Gante el futuro Carlos I de España y V de Alemania, hijo de Felipe el Hermoso y doña Juana.

1504: Muere Isabel la Católica. Testamento: heredera de sus reinos, su hija, doña Juana la Loca; regente, don Fernando, hasta que don Carlos, su nieto, cumpla veinte años.

1505: Las Cortes de Castilla reconocen como regente a don Fernando. Pero Felipe, con el apoyo de muchos nobles castellanos, reclama la corona.

1506: Don Fernando, viéndose abandonado de todos, renuncia a la regencia y se retira a sus Estados de Aragón. Quizá despedido, contra matrimonio con doña Germaina de Foix. Felipe el Hermoso asume una regencia nefasta —reparto de cargos y beneficios, gente flamenca por doquier—, hasta que, inesperadamente, muere ese mismo año en Burgos. Se forma un Consejo de Regencia bajo el cardenal Cisneros, que llama de nuevo a don Fernando para que vuelva a hacerse cargo de la regencia. Esta etapa ha de durar de 1507 hasta su muerte, 1516.

1516: Carlos llega a España (17 de septiembre). Séquito de flamencos, desconocimiento de la lengua castellana, incomprensión acerca de España, descontento y dificultades en las Cortes del reino para jurarle como Rey. Cisneros vuelve a hacerse cargo de la regencia, que será interrumpida por su muerte en 1517.

1519: A la muerte de su padre, Maximiliano I, Carlos es nombrado Emperador. Ya es virtualmente Rey de España desde la muerte de Fernando el Católico. Carlos I de España y V de Alemania ha recibido:

1.º De Isabel la Católica: Castilla, Norte de Africa y las posesiones americanas.

2.º De Fernando: Aragón, Navarra, Nápoles, Sicilia, Cerdeña y Rosellón.

3.º De María de Borgoña: Países Bajos, Franco Condado y Charolais.

4.º De Maximiliano I: Estados de la Casa de Austria, Derechos sobre el Norte de Italia, Imperio Alemán.

HECHOS DEL EMPERADOR CARLOS CONSIDERADOS ERRORES, QUE DETERMINAN LA REPULSA DEL PUEBLO ESPAÑOL

1518: En sus primeras Cortes (Valladolid), nombra presidente de las mismas al flamenco Juan de Sauvage; los procuradores entienden que la medida contraviene las leyes del reino.

1519: Cortes de Zaragoza en que a duras penas es reconocido Rey de Aragón; recibe la noticia de la muerte de su padre y, siguiendo el consejo de los flamencos, emprende viaje a Alemania para preparar su coronación como Emperador; antes de abandonar España convoca nuevas Cortes en Santiago.

1520: Cortes de Santiago; pide un sufragio de 400.000 ducados para los gastos de coronación y los procuradores se niegan a votarlo. Despedido ante la negativa, traslada las Cortes a La Coruña. En ellas gana la voluntad de varios procuradores a base de concederles beneficios y mercedes. Logra el subsidio y se embarca rumbo a Alemania.

1519-1521: Guerra de las Comunidades (carácter político) y de las Germanías (de carácter social). Comunidades (ciudades y municipios), con Toledo a la cabeza, inician un movimiento de protesta contra la política del Emperador. Causas:

- 1.º Ausencia de España del Rey.
- 2.º Cargos públicos a extranjeros.
- 3.º Sacar oro y plata del reino.

Las ciudades rebeldes forman la Junta Santa, a cuyo frente se ponen Juan de Padilla, Juan Bravo y Pedro Maldonado. La Junta nombra jefe de las tropas comuneras al toledano Juan de Padilla. Su ejército es derrotado en Villalar, el 23 de abril de 1521, y, al día siguiente, son ahorcados Padilla, Bravo y Maldonado. La viuda de Padilla sostiene aún los ánimos tras la derrota y la muerte por espacio de seis meses, hasta que el movimiento sucumbe al ver Acuña, su último jefe, la causa perdida.

1521: Francisco I de Francia desea reponer en el trono de Navarra a la familia de Labrit. La acusación de que los comuneros se entendían con el Rey de Francia no está probada (cfr. BOISSONADE. *Histoire de la Reunion de la Navarre a la Castilla*. París, 1892). Francisco I nombra a Andrés de Foix jefe del ejército invasor. Mayo, irrupción francesa sobre Pamplona. En su defensa cae herido Iñigo de Loyola. El 30 de junio, el ejército vasco-castellano, al mando del duque de Najera, deshace, en las alturas de Noain, al grueso del ejército de Andrés de Foix y Navarra vuelve rápidamente a poder del Emperador.